El nido del colibí (esperas mucho tiempo un regalo sin saber que eres tú) (detalle) / Escala de grises/ Óleo sobre tela / 61 x 41 cm / 2021

Hedwig y las trampas de Eros

LÁZARO IZAEL

El tema del amor platónico es uno de los motivos de la ópera rock *Hedwig and the Angry Inch*, una especie de romance post moderno donde la identidad de género converge con la búsqueda espiritual. El presente ensayo explora cómo la pureza del ideal platónico del amor está también sujeta a la posibilidad de ensimismarse al grado de que el ideal se convierte en un objeto de obsesión. La protagonista del filme nos servirá para ilustrar este escenario y cómo desde los mismos presupuestos platónicos se puede remediar.

La noción del símbolo parte de la incompletitud, al quedar divididos, nuestra existencia es el mero vestigio de una existencia anterior, plena física y espiritualmente.

Perdida en los avatares del más amargo de los divorcios, una pseudo estrella de rock transexual y fracasada recupera un mito que define su tragedia y, a la vez, su camino del héroe. Hedwig Robinson, protagonista del hito del Nuevo Cine Queer, recapitula en una balada la historia donde los seres humanos vivíamos en un idilio de completitud, pues éramos seres redondos de cuatro brazos y cuatro piernas, algunos enteramente con características femeninas (hijos de la tierra), otros plenamente masculinos (hijos del sol), y otros una mezcla (hijos de luna). Sin embargo, la impertinencia de estos seres les mereció que un cambalache de dioses griegos, indios, egipcios y nórdicos decidieran que se habían convertido en una amenaza.

El concilio divino que se imagina Hedwig primero optó por decretar nuestra muerte, con un Thor ofreciendo su martillo para destruirnos "tal como lo había hecho con los gigantes"; sin embargo, Zeus ofreció una solución más limpia: cortarnos a la mitad, esparcirnos por la tierra y dejarnos en un permanente desarraigo. Dejaríamos de ser una amenaza en el momento en que todas nuestras energías se enfocaran en encontrar a la mitad perdida. La balada concluye describiendo el sentimiento:

> La última vez que te vi, nos acababan de cortar
> te miraba yo a ti, tú me mirabas a mí
> conocía tu gesto, que no logré mirar bien
> pues tenía sangre en los ojos
> tu sangre en tu rostro
> pero podría jurar que el dolor en tu alma
> era el mismo que me abate a mí.
> Ese dolor, directo en línea al corazón
> es el amor. ("The origin of love" en Trask, 2001).

El dolor que habita en la más posmoderna de las heroínas cinematográficas, amén de sus libertades mitológicas, parece no variar mucho del dolor que expresaba la fuente griega. Hedwig toma uno de los elementos más célebres del diálogo platónico del *Banquete*, donde es el amor celebrado por ser la más divina de las emociones, sin embargo, entre los doctos elogios a Eros que elaboran los invitados al simposio, el comediógrafo Aristófanes describe el mito de los seres redondos cortados a la mitad por su conspiración contra los dioses, dando a su vez una tempranísima explicación a las orientaciones sexuales. El ficticio Aristófanes, a partir de su propio mito, dicta:

> Desde hace tanto tiempo, pues, es el amor de los unos a los otros innato en los hombres y restaurador de la antigua naturaleza, que intenta hacer uno solo de dos y sanar la naturaleza. Por tanto, cada uno de nosotros es un símbolo de hombre, al haber quedado seccionado en dos de uno solo, como los lenguados. Por esta razón, precisamente, cada uno está buscando siempre su propio símbolo. (Platón, 2014: 80).

La noción del símbolo parte de la incompletitud, al quedar divididos, nuestra existencia es el mero vestigio de una existencia anterior, plena física y espiritualmente. El amor, en este sentido, no puede ser más que dolor, pues se trata de una patología, la consecuencia de un trauma. Otro de los concurrentes al banquete, el médico Erixímaco opina:

> La medicina es, para decirlo en una palabra, el conocimiento de las operaciones amorosas que hay en el cuerpo en cuanto a replección y vacuidad y el que distinga en ellas el amor bello y el vergonzoso será el médico más experto. Y el que logre que se opere un cambio, de suerte que el paciente adquiera en lugar de un amor el otro y, en aquellos en los que no hay amor, pero es preciso que lo haya, sepa infundirlo y eliminar el otro cuando está dentro, será también un buen profesional. Debe, pues, ser capaz de hacer amigos entre sí a los elementos más enemigos existentes en el cuerpo y de que se amen unos a otros. (Platón, 2014: 71-72).

Nuestra enfermedad como especie es una constante disonancia entre lo que fuimos y lo que somos. El amor no es plenitud, sino la evidencia de un faltante, amar y estar pleno es un oxímoron, pues estar pleno implicaría que estamos arriba de la necesidad de amar. A lo que podemos aspirar, según el amor higiénico que propone Erixímaco, es a regular nuestra propia condición inherentemente problemática como seres que aman. Hacer que un amor bajo se convierta en uno hermoso, uno que, en última instancia pueda hacer amigas a las partes en discordia que nos habitan.

Volviendo al caso de Hedwig, la confusión que existe entre el amor que nos exalta y el amor vergonzoso se traduce en una búsqueda por la otra mitad destinada a fracasar. En la película, una cirugía negligente de reasignación de género la convierte en una suerte de ser asexuado. Ajena de cierta manera a recibir placer sexual pareciera ser que percibe su búsqueda por la otra mitad como un asunto más puro al no existir el placer carnal en la ecuación. El desdén velado hacia al sexo le da una suerte de licencia moral al personaje para emprender su aventura desde otras premisas erróneas. El otro se vuelve un depositario de

A lo que podemos aspirar, según el amor higiénico que propone Erixímaco, es a regular nuestra propia condición inherentemente problemática como seres que aman.

todas sus frustraciones, del daño que le han hecho y ahora se siente en plena libertad de ejercer sobre los demás.

Es fácil malinterpretar el diagnóstico del médico Erixímaco, en gran medida porque esta es la exégesis más cómoda al mundo cristiano; no obstante, el placer sexual nunca es denostado a lo largo del diálogo. Se trata del caso contrario, la sexualidad ejerce un papel vital tanto en el encuentro de dos seres, sean del género que sean, y esta unión tiene funciones concretas. En primer lugar, la perpetuación de la especie, por otro el descanso y desahogo de las cargas y frustraciones de la vida diaria, y, quizá lo más importante, es también un vehículo para la transmisión de la virtud. En el momento de conexión que ofrece el encuentro sexual también hay un espacio en el que uno le puede pasar sus aprendizajes al que ama. Aquí la palabra amor es primordial, ya que es la condición lo que lo convierte en una experiencia edificante, prácticamente propedéutica, en vez del mero uso del cuerpo del otro para un placer egoísta.

Hedwig, al reducir su sexualidad a la genitalidad, se "asexua" de un modo aún más funesto, se niega a la transmisión de lo que pudieran darle los seres que, a pesar de una compleja red de rencores y traumas, le demuestran que la aman. El mito la vuelve una suerte de sacerdotisa celosa de las promesas del propio

mito. La otra mitad debe representar un alivio instantáneo de los males metafísicos que la acongojan. Esta mala interpretación termina por caer en lo que el diálogo previene: la cosificación del otro como un mero accesorio a nuestro placer.

El amor platónico, quizá al contrario de lo que vendría con los románticos, no redime por sí mismo. Quizá aquí radica la tragedia de Hedwig Robinson, quien mezcla platonismo con romanticismo y una buena dosis de melancolía de izquierda. En las personas que ama, dígase su exmarido, su madre o la mega sensación del rock quien le robó todas sus canciones, lo que busca es una autoafirmación de su individualidad, individualidad que puso sobre la piedra de sacrificios en nombre de un supuesto amor totalizante y luego exacerbó hasta crearse con un pequeño culto de personalidad.

De vuelta al diálogo, cuando Sócrates finalmente toma la palabra, nos narra su encuentro con una sabia de nombre Diotima –curioso que, entre todos los dejos misóginos del corpus platónico, sea una voz femenina la que articule una de sus más potentes doctrinas– esta mujer habrá de explicarnos que Eros no es un dios, sino una entidad que media entre el amante y el objeto de su deseo. El amor, por tanto, no carga belleza en sí mismo, sino que la busca. El amor más virtuoso será aquel que pueda separarse de la belleza más vulgar para centrarse en la forma misma de lo bello. Sin embargo, el deseo de la forma no deja de ser deseo y todo deseo guarda en sí el potencial de corromper. La búsqueda de la forma se cosifica, se vuelve perversa en tanto se pierde el horizonte de liberarnos a nosotros mismos del mundo de sombras que degrada a la idea perfecta.

Hedwig Robinson busca el ideal del amor sin saber bien qué implica. Es en esta búsqueda que la vemos cometer un decálogo de violencias contra gente a la que supuestamente ama. Desde negar la identidad sexo-genérica de su corista hasta violentar a su amante, Tommy Gnosis, al enterarse de que este no se siente cómodo con su genitalidad. Las expectativas tan duras que impone sobre los demás son un reflejo de las expectativas que se ha impuesto sobre sí misma. Si el amor no le funge como el vehículo para justificar y curar todas sus cuitas entonces su vida ha transcurrido en vano. Esto se traduce en que, a la menor imperfección demostrada por el otro, Hedwig se desquebraja y hiere, porque al sentirse de esta manera herida se siente excluida del único designio superior al que podía aspirar a pertenecer.

Hedwig Robinson busca el ideal del amor sin saber bien qué implica. Es en esta búsqueda que la vemos cometer un decálogo de violencias contra gente a la que supuestamente ama.

La sabia Diotima dice:

> ¿Qué debemos imaginar, pues, si le fuera posible a alguno ver la belleza en sí pura, limpia, sin mezcla y no infectada de carnes humanas, ni de colores ni, en suma, de otras muchas fruslerías mortales, y pudiera contemplar la divina belleza en sí, específicamente única? ¿Acaso crees –dijo– que es vana la vida de un hombre que mira en esa dirección, que contempla esa belleza con lo que es necesario contemplarla y vive en su compañía? ¿O no crees –dijo– que solo entonces, cuando vea la belleza con lo que es visible, le será posible engendrar, no ya imágenes de virtud, al no estar en contacto con una imagen, sino virtudes verdaderas, ya que está en contacto

El deseo por trascendencia o estados superiores de consciencia termina por ser también una aprehensión. La búsqueda de iluminación, al volverse celo, termina por opacar toda luz.

> con la verdad? Y al que ha engendrado y criado una virtud verdadera, ¿no crees que le es posible hacerse amigo de los dioses y llegar a ser, si algún otro hombre puede serlo, inmortal también él? (Platón, 2014: 115).

Hay una soberbia velada en este postulado, la búsqueda de la forma pura puede poner a quien la contempla y la asimila a la altura de los dioses, lo cual no es muy distinto a la soberbia que provocó a los divinos cortarnos a la mitad. El deseo por trascendencia o estados superiores de consciencia termina por ser también una aprehensión. La búsqueda de iluminación, al volverse celo, termina por opacar toda luz.

El filósofo budista Nagarjuna sostiene que realmente no hay distinción entre el Samsara (el eterno ciclo de reencarnación) y el Nirvana, en tanto la búsqueda de este último termina por volverse una aprehensión del ego. Del mismo modo puede verse el amor platónico, que convertido en celo encierra al alma en el mismo teatro de sombras del cual pretende salir. En *Hedwig and the Angry Inch* los motivos gnósticos parecen funcionar en este sentido, por ejemplo, el nombre del amante de Hedwig, Tommy Gnosis, siendo la gnosis el estado superior de la consciencia que podría hacer a los hombres salirse del falso mundo del demiurgo, es irónico ver que Tommy pasa toda la película como un niño que no sabe qué hacer con sus afectos ni con la persona que ama. Las búsquedas místicas terminan por convertirse en fetiche.

Con todo, es Tommy quien le da la auténtica solución de sus cuitas a Hedwig: dejar de buscar la trascendencia. Recomponiendo la primera balada que escribió ella, el amante en decadencia se disculpa por no poder ver más allá de cosas tan mundanas como el género, no obstante, le reclama que ha buscado respuestas en el afuera que siempre han estado en su interior:

> Y no hay designios místicos
> ni amantes cósmicos preasignados
> no hay nada que puedas encontrar
> que no pueda ser encontrado. (“Wicked Little Town (Reprise)” en Trask, 2001).

Es tras escuchar esto que Hedwig encuentra a su otra mitad, a sí misma/mismo. Finalmente, como un ser completo sale a la calle.

REFERENCIAS

Trask, S. (2001). *Hedwig and the Angry Inch: Original Cast Recording.* Bearsville Studios.

Platón. (2014). *El Banquete.* (Prólogo y traducción de Marcos Martínez Hernández). Madrid: Gredos.

Rosa y lágrima (Love and Desire) / Monotono /
Grabado linóleo proceso manual tinta y acuarela
sobre papel / 8 x 10 cm / 2023